

# David y Goliath

Enero-Diciembre de 1983 Año XIV, N° 44/45  
ISSN 0325-0431

CLACSO



DYG  
44/45

# clacso

## Comité Directivo

María H. Tavares de Almeida  
Enrique Bernales  
Julio Cotler  
Angel Flisfisch  
Alejandro Foxley  
Julio Labastida  
Luis Macadar Azar  
Trinidad Martínez Tarragó  
Cándido Mendes de Almeida  
Guillermo Molina Chocano  
Lucas Pacheco Prado  
Gastón Parra Luzardo  
Henry Pease García  
José Luis Reyna  
Jorge Schvarzer  
Héctor Silva Michelena  
Hélgio Trindade  
Oscar Yujnovsky

## Secretaría Ejecutiva

**Secretario Ejecutivo:**  
Francisco Delich

**Asistente Especial:**  
Waldo Ansaldo

**Coordinador del Proyecto PNUD-UNESCO-CLACSO:**  
Mario dos Santos

## Secretarios Coordinadores de las Comisiones de Trabajo

**Ciencia, Tecnología y Desarrollo:**  
Hebe Vessuri (CENDES, Caracas)

**Desarrollo Urbano y Regional:**  
Jorge Enrique Hardoy (CEUR, Buenos Aires)

**Educación y Desarrollo:**  
Guiomar Namó de Mello (Fundação Carlos Chagas, São Paulo)

**Movimientos Laborales:**  
Ignacio Marván (IISUNAM, México)

**Estudios Rurales:**  
Humberto Rojas (OFISEL, Bogotá)

**Historia Económica:**  
Enrique Florescano (DEH-INAH)

**Población y Desarrollo:**  
Vilmar Farfa (CEBRAP, Sao Paulo)

**Estudios de Coyuntura:**  
Rolando Ames (CISEPA, Lima)

**Programa Especial Regional de Ciencias Sociales:**  
Domingo Rivarola (CEPES, Asunción)

## Secretarios Coordinadores de los Grupos de Trabajo

**Ocupación y Desarrollo:**  
Renato S. Duarte (Fundação Joaquim Nabuco, Recife)

**Distribución del Ingreso:**  
Walter Cancela (CLAEH, Montevideo)

**Derecho y Sociedad:**  
Enrique Groisman (CISEA, Buenos Aires)

**Epistemología y Política:**  
Félix G. Schuster (SADAF, Buenos Aires)

**Estudios Transnacionales:**  
Raúl Trajtenberg (ILET, México)

**Condiciones y Medio Ambiente de Trabajo:**  
Julio César Neffa (INDA, Lima)

**Clase, Nación y Etnia:**  
Guillermo Bonfil Batalla (México)

**Relaciones Internacionales:**  
Rosario Green (CEI, El Colegio de México)

**Teoría del Estado y la Política:**  
Norbert Lechner (FLACSO, Santiago)

**Burocracia y Políticas Públicas:**  
Oscar Oszlak (CEDES, Buenos Aires)

**Medios de Comunicación Social:**  
Patricia Anzola (CINEP, Bogotá)

## DAVID Y GOLIATH BOLETIN

CLACSO es una publicación semestral del Programa de Publicaciones de la Secretaría Ejecutiva del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. Fue creado como vínculo de los científicos sociales latinoamericanos, actuando como puente entre los centros afiliados al Consejo, entre los investigadores de esos centros y de la comunidad de las ciencias sociales en general, como así también sirviendo de vocero de los grupos y comisiones de trabajo y de nexos entre CLACSO y organizaciones similares. Trata de constituir un medio informativo y de intercambio académico y simultáneamente ser un órgano de opinión político-académica adecuado a las realidades latinoamericanas de hoy. Se realiza con el apoyo del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).

## EDITOR RESPONSABLE:

Francisco Delich,  
Secretario Ejecutivo de CLACSO

**DIRECTOR:** Waldo Ansaldo

**SECRETARIO DE REDACCION:**  
Ariel Scher

Precio del ejemplar u\$s 3,00. En Argentina, \$ 50.000.

**Suscripción:** La suscripción a cuatro números es de u\$s 12,00 más un adicional de u\$s 3,00 para envío aéreo.

Registro de la Propiedad Intelectual N° 71.146. Hecho el depósito que marca la ley N° 11.723.

Av. Callao 875, 3° E, 1023 Buenos Aires, Argentina.

Diseño de tapa: Viviana Barletta  
Composición: Estudio Century,  
Azcuénaga 34, Cpo. 4, 2° 6, Buenos Aires.  
Impresión: Artes Gráficas Santo Domingo S.A., Santo Domingo 2739, Buenos Aires.



## Artículos

## Centenario de la muerte de Marx. Homenaje al Moro

Waldo Ansaldi

Hace cien años, el 14 de marzo de 1883, muere ante su mesa de trabajo, en Londres, Karl Heinrich Marx, nacido en Tréveris el 5 de mayo de 1818 y a quien sus íntimos llaman El Moro. Próximo a cumplir sesenta y cinco años de edad, este hombre formidable —cuya idea de la dicha es la lucha— no puede resistir el “encadenamiento de sufrimientos físicos y morales” que se suceden tras la muerte de su esposa y compañera de toda la vida, Jenny von Westphalen, ocurrida el 2 de diciembre de 1881. Como dice Paul Lafargue —yerno de ambos por su casamiento con Laura Marx—, su suegro los “soportó estoicamente”, pero “se agravaron con la muerte de su hija mayor, la señora Jenny Longuet, que sobrevino súbitamente un año después, el 11 de enero de 1883. Esto terminó de destruirlo y ya no pudo rehacerse”.

El propio Marx, en carta a su entrañable amigo y compañero Friedrich Engels (1 de marzo de 1882) desnuda su estado de ánimo: “Tu sabes que pocas personas soportan tan mal como yo toda manifestación exagerada de sentimientos. Pero te mentiría si intentase negar que mis pensamientos están casi enteramente absorbidos por el recuerdo de mi mujer. ¿No he pasado acaso con ella lo mejor de mi vida?”.

No se trata de la “chochería” de un viejo apenado y para colmo enfermo de congestión pulmonar. Jenny y Karl compartieron sus vidas durante cuarenta y siete años<sup>1</sup>, ligados por una “profunda unidad de pensamiento” y enfrentados a menudo a duras condiciones de vida, de las que no están excluidos los exilios, las persecuciones, la miseria, el hambre, las enfermedades y hasta la muerte de algunos de sus hijos<sup>2</sup>. Para el contexto de la época, la decisión de Jenny von Westphalen —la “más hermosa muchacha de Tréveris”, la “Reina del baile” alta, delgada, ojos verdes— de compartir los ideales y los avatares de Marx se realza por el hecho de su pertenencia familiar a la nobleza prusiana. En contrapartida, su marido tiene para con ella, además, sentimientos igualitarios que no son comunes por entonces. Dicho sea al pasar, esta concepción de la igualdad de la mujer y del hombre sostenida por Marx es motivo de una resolución favorable aprobada por el primer congreso de la Primera Internacional (Ginebra, setiembre de 1866), derrotando a Proudhon, para quien la actividad de la mujer debe reducirse a la cocina y a la educación de los hijos.

Marx tiene, igualmente, un notable amor y dedicación por los niños, en particular por sus hijas (aunque a veces —como en el caso de las relaciones de Laura con el cubano Paul Lafargue, en 1866— su postura parezca en exceso paternalista). El testimonio de

Wilhelm Liebknecht permite conocer detalladamente tal aspecto del Moro, “el padre más tierno, capaz de convertirse, durante largas horas, en un niño con sus hijos”. Lafargue, a su vez, nos recuerda que para su suegro “los hijos deben educar a sus padres”.

Si he querido comenzar este recordatorio del primer centenario de la muerte de Karl Marx con algunos pocos, desordenados, recuerdos de su vida estrictamente personal y familiar, es porque ellos permiten recuperar la dimensión humana (con sus alegrías y sus miserias, sus grandezas y sus pequeñeces, sus entusiasmos y sus desesperaciones) de este hombre excepcional que bregó incansablemente por interpretar y por transformar el mundo y que fue simultáneamente “un hombre que, en condiciones de existencia dramáticas, halló, gracias al amor que sentía por Jenny que ésta la retribuyó maravillosamente, el sentido más profundo de su ser”<sup>3</sup>.

Séguramente tendremos a lo largo del año una abundante literatura sobre este centenario o, mejor dicho, sobre Marx: habrá textos laudatorios, exegéticos, dogmáticos, heréticos, ramplones, opositores, denigrantes, etc. Habrá balances de errores y aciertos, polémicas acerca de lo que dijo, de lo que no dijo y de lo que quiso decir, como también de lo que mantiene y de lo que perdió vigencia en su pensamiento, en su teoría, en su método, en su práctica. Habrá discusiones (viejas, nuevas y/o renovadas) respecto de la relación entre lo **marxiano** y lo **marxista** y sobre si Marx está o no superado. Y habrá varias cosas más, incluyendo sellos postales que permitirán pasar la lengua por la nuca invisible del viejo Moro y, de paso, “mojarle la oreja” sin riesgos, fijando su imagen en cualquier parte, en un reiterado, empobrecedor ejercicio de iconolatría de “marxismo” rutinario.

Buena parte de los actos recordatorios será prescindible, mientras otra, esperemos, contribuirá a avivar un debate que sigue siendo sustancial y al cual Marx aportó su propia y fundada posición y su propio proyecto, el de convertir al mundo actual, de la necesidad, en el reino de la libertad. La pretensión de este artículo, por cierto, es muy modesta. No reseña la biografía, ni la obra, ni las interminables discusiones sobre una y otra y sobre sus continuadores. Parece innecesario recordar que Marx constituye, en el último siglo y medio, uno de los tres grandes innovadores, revolucionarios del conocimiento: él lo es en el campo de lo social, como Einstein lo es en el de la física y Freud en el de lo individual. Es igualmente sabido, como recuerda Irving Zeitlin, que “sin el debate entre Marx y sus

críticos, el pensamiento sociológico sería tan pobre que quedaría reducido, prácticamente a cero". No es porque si que dos de sus más formidables contradictores —tanto Max Weber como Joseph Schumpeter— sean llamados a menudo "el Marx burgués".

Hay en la actualidad un intenso e importante debate alrededor de varias crisis que involucran a la teoría y a la práctica de la concepción del mundo que comenzaron a definir Marx y Engels. Suele resumirse el vasto problema con la expresión "crisis del marxismo", en la que se incluye la experiencia histórica de los países llamados "socialistas", el **corpus** teórico-doctrinario (concebido como cerrado y acabado, por lo general), la concepción del partido político y de las relaciones entre los partidos comunistas... Seguramente, de poder hacerlo, el propio Marx participaría con gusto en la polémica (que fue un campo donde se sentía cómodo) y demolería muchos de los mitos y dogmas que se erigieron en su nombre. No es posible vaticinar qué resultará finalmente de este vasto movimiento de reconstrucción, pero es probable que —aún dejando de lado posiciones y conceptos de Marx— recupere la intención y la decisión de hacer de todos los hombres y mujeres los hacedores de su propio destino, de su propia historia. Tal es el sentido, me parece, que se encuentra en el debate denominado socialismo y democracia.

Justamente, no hace mucho, Ludolfo Paramio y Jorge Reverte recordaban que el proyecto marxiano incluye "una opción ética o política por el socialismo", opción que es previa a Marx y Engels (y que no se agota en ellos, ni tampoco en Lenin). Más allá de lo que quieren sus enemigos (e incluso algunos de sus llamados partidarios); uno y otro exaltaron la democracia y la libertad, tanto como condenaron la burocracia, las investiduras jerárquicas, la monorepresentación partidaria de la clase obrera (esto es, la idea del partido único, para decirlo sin eufemismos), el poder del Estado (concebido como "la propia fuerza de los miembros de la sociedad puesta contra ellos y organizándose siempre contra ellos")... Es sabido cuánto concibieron Marx y Engels una organización institucional de la sociedad basada en el ejemplo de la Comuna parisina de 1871 y en las formas de "autogobierno local y provincial" existentes en Suiza, Estados Unidos, Holanda, es decir, en el fortalecimiento y desarrollo de instituciones de la sociedad civil (entre ellas los sindicatos y las cooperativas).

La oposición al "culto supersticioso del Estado" lleva al Moro a escribir: "La libertad consiste en convertir al Estado de órgano que está por encima de la sociedad, en un órgano completamente subordinado a ella". Y en el mismo texto —**Glosas marginales al Programa del Partido Obrero Alemán, conocido como Crítica del Programa de Gotha—**,

poco más adelante dice: "Eso de 'educación popular a cargo del Estado' es absolutamente inadmisible. Una cosa es determinar, por medio de una ley general, los recursos de las escuelas públicas, las condiciones de capacidad del personal docente, las materias de enseñanza, etc., y velar por el cumplimiento de estas prescripciones legales mediante inspectores del Estado, como se hace en los Estados Unidos, y otra cosa, completamente distinta, es nombrar al Estado educador del pueblo! Lejos de esto, lo que hay que hacer es substraer la escuela a toda influencia por parte del gobierno y de la Iglesia".

Y en otro trabajo afirma: "Ni en las escuelas elementales ni en las superiores, se deben enseñar materias que admitan interpretaciones de partido o de clase; sólo hay que enseñar en ellas materias como las ciencias naturales, la gramática, etc., pues las reglas gramaticales, por ejemplo, son las mismas para los librepensadores que para los más crédulos **tories**. En lo referente a la economía política, la religión y otras materias, no es posible enseñarlas ni en las escuelas elementales ni en las superiores, pues tal adoctrinamiento es cuestión de adultos"<sup>4</sup>.

Es posible que el lector objete el carácter parcial, desprendido del contexto teórico e histórico más amplio en el que se encuentran estos párrafos. Es posible también que la proposición del debilitamiento (por no decir la desaparición) del Estado aparezca hoy como utópica. Pero si hay algo aún vigente del legado de Marx es —amén de su profundo sentido crítico— la utopía activa y de lucha. Tal vez porque vivimos —como dice Robert Tucker<sup>5</sup>— en "una época en que el utopismo se ha convertido en el único realismo posible".

Este artículo sólo expresa mi opinión personal.

<sup>1</sup> Comprometidos secretamente en 1835 y casados en junio de 1843.

<sup>2</sup> Marx y su esposa tienen 6 hijos: Jenny (1844-82), Laura Edgar (1847-55), Guido (1849-50), Franziska (1851-52), Eleanor (1855-98). Como se aprecia, tres de ellos mueren muy pequeños. Marx tiene, además, un hijo natural, Frederick, fruto de una efímera relación con Elena Demuth (1823-90), llamada Lenchen, quien comparte el trabajo y la vida familiares de los Marx, "el eje alrededor del cual giraba todo en la casa", según recuerda Eleanor. El episodio —producido en uno de los peores momentos (materiales y anímicos) de la vida de Marx— es rápidamente superado, en buena parte, por la profundidad de la relación entre éste y Jenny y por la, como siempre, desprendida colaboración de Engels. Marx no reconoció como hijo suyo a Frederick Demuth (1851-1929), asumiendo Engels la paternidad. Elena Demuth comparte la tumba de Highgate, Londres, con Marx, Jenny von Westphalen y Henry Longuet (nieto de éstos).

<sup>3</sup> Pierre Durand es el autor de un pequeño pero excelente libro sobre un Marx cotidiano que desconocíamos. He utilizado generosamente este texto, *La vie amoureuse de Karl Marx*, París, 1970. Hay una edición argentina de escasa difusión: *La vida amorosa de Marx*, Editorial Limer, Buenos Aires, 1976.

<sup>4</sup> Citado por Kostas Papaioannou, "Los 'productores asociados', dictadura, proletariado, socialismo", en *Diógenes*, Año XVI, Nº 64, edición en español, Buenos Aires, octubre-diciembre 1968, pág. 140.

<sup>5</sup> Robert C. Tucker, "Marx y el final de la historia", en el número citado de *Diógenes*, pág. 155.